

## EL HUMANISMO DEL BIEN CONGENITO

La moral del bien congénito sirve de fondo a las corrientes políticas más poderosas de nuestro tiempo, y es una expresión del humanismo filosófico, es decir, de una tendencia doctrinal que propende a exagerar el valor del hombre a costa del respeto que se debe a Dios. El humanismo emprende la defensa de la dignidad del hombre, no sólo exaltándolo por encima de las piedras preciosas y de las estrellas, que es cosa tan lisonjera como justa, sino desvinculándolo de su origen divino, y otorgándole una estima y una consideración que antes se reservaban exclusivamente para el divino y soberano ser.

Cuando se tratan de esta manera los asuntos humanos, no es raro que se mire con malos ojos toda ley dada por un legislador supremo exterior al hombre, y que se impone desde fuera, venida del creador y conservador del mundo. Bástale al hombre con el hombre mismo, bástale su naturaleza o su historia para saber lo que tiene que hacer y esperar en esta vida, que es la que de verdad le interesa, fiado en la esperanza de alcanzar las tres cosas que mueven a quienes no rebasan los horizontes de este mundo: riquezas, honores y placeres.

Resultaría entonces que las leyes morales, políticas, económicas, sociales, pedagógicas, no tendrían, ni siquiera de lejos, una regulación suprema exterior al hombre mismo, y serían sólo casos particulares de una ley que se concibe como relación necesaria que deriva de la naturaleza de las cosas. El hombre es una naturaleza a la que siguen hábitos inevitables, y estas relaciones necesarias son las leyes a las que tiene que prestar obediencia. Pero como se trata de leyes emanadas de su naturaleza, obedecer a estas leyes no será otra cosa que obedecerse a sí mismo. Por lo que en último análisis se viene al siguiente punto: el hombre sólo tiene que obedecer al hombre. Es la meta del humanismo.

La expresión «hombre» puede significar una naturaleza in-

dividual, y entonces el individuo no tiene que cumplir más voluntad que la suya; pero puede también significar la naturaleza específica o genérica, y entonces no tendrá que obedecer a otra ley que la humanidad. No salimos del hombre y de la obediencia que éste se rinde a sí propio.

Podemos, como hoy quieren algunos pensadores, negar que el hombre tenga naturaleza, y afirmar que en vez de naturaleza tiene historia. Las leyes serían entonces relaciones necesarias que derivan de la historia humana, individual y social, pues todo lo ya hecho reviste necesidad en la medida en que ya es imposible no hacerlo. Vuelve el mismo personaje a la escena, hecho espectáculo de sí mismo. No salimos del hombre y de su exaltación humanista.

El poeta Antonio Machado, en una de sus sabrosas fugas filosóficas, acertó a encerrar toda la filosofía del humanismo en un breve apotegma: «Por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre» (*Juan de Mairena*, XLVIII).

Cuando aparece un hombre sobre el planeta, se ha engendrado lo más alto que hay o puede haber en el hombre, supuesto que todo lo demás le será sobreañadido, adventicio y accidental. Le serán accidentes sus operaciones y sus virtudes, que no podrían existir si no existiese el hombre.

En la medida en que el ser y el bien se implican —*ens et bonum convertuntur*— es admisible valorar todas las cosas y decir que la sustancia es un bien mayor que el accidente. Y, en nuestro caso, hay que darle la razón al poeta, y aceptar que, por muchas cosas buenas que haga el hombre, nada será tan bueno y valioso como el hombre mismo.

Pero cuando afirmamos esta proposición ¿en qué terreno estamos? ¿En el de la moral? ¿O simplemente en el de la física? Estas estimaciones sobre lo que el hombre y sus cosas valen, ¿son valoraciones éticas? ¿No se tratará más bien de una tasación física y ontológica?

Esta última sospecha se convierte en certidumbre cuando meditamos sobre el apotegma antedicho. Porque si por muchas cosas buenas que haga el hombre nunca ha de obtener valor más grande que el procedente de ser hombre, ¿qué más le da hacer

acciones buenas o acciones malas, practicar la virtud o abandonarse al vicio?

Supongamos que ese hombre haga acciones heroicas y realice obras moralmente excelsas. ¡Ah! Nada añaden al bien congénito: por mucho que el hombre valga, nunca tendrá valor más grande que el de ser hombre, que es lo que son todos los numerosos y prolíficos descendientes de Adán.

Supongamos, a la inversa, que ese hombre cometa un crimen, o se encenague en los vicios. ¿Perderá por eso el bien congénito que le viene de ser hombre? La respuesta es obvia: sustancialmente ese hombre sigue siendo tan hombre como antes; no pierde su ser hombre al cometer un crimen, porque el delito es una acción humana que nace del hombre en cuanto hombre, y no puede ser hecha por un tigre o un terremoto.

Estas consideraciones me llevan a pensar que el apotegma de Machado, donde se encierra en breve cuerpo toda la savia del humanismo, utiliza un género de valoraciones que no son éticas. Esas valoraciones de otro género se refieren a la bondad congénita del hombre, indiferente al bien o al mal moral, bondad adiáfora y neutra, porque no se pierde por el pecado ni se granjea por la acción virtuosa.

Ahora bien, una bondad de ese tipo, que no se gana por la virtud ni se malogra por el vicio, es una bondad física y ontológica, pero no moral; es una bondad indiferente a los calificativos por los que denominamos a un hombre bueno o malo de verdad, buena o mala persona: comoquiera que la persona no pierda su personalidad aunque cometa los más enormes crímenes, y siempre se podrá decir de ella que es lo más perfecto que existe entre los seres visibles de la creación: una sustancia individual de naturaleza racional.

Pero lo grave del caso es que esta bondad física y ontológica es la que se nos está sirviendo en todos los sistemas modernos como si fuese bondad moral. ¿Hay tal cosa? ¿Es admisible tal maña suplantación? Los sistemas morales, en sus aspectos jurídicos, políticos, sociales, pedagógicos, cuando nos hablan de la conducta humana, ponen el fin del hombre en la afirmación del bien congénito —bondad física y ontológica— y creen que este bien es el valor que de verdad importa salvar y poner en cobro. Y es un escamoteo seductor y engañoso, porque, indudablemente, la bondad congénita es un valor admirable, es nada menos que

la dignidad del hombre, por encima de los otros seres del mundo que tocamos, y nada más fácil que sentirse tentado a ponerla como norma y modelo de nuestras acciones. No es raro que al erigir en moral lo que sólo es una física o una ontología, se pase por alto la auténtica faz del bien, dando el cambiazco con secreta satisfacción del que lo sufre. Sucediendo lo que vemos en muchos libros modernos de Medicina, en que el bien que busca el médico, que es un físico, llegue a ser propuesto como un bien moral, cuando en verdad es muchas veces de signo inverso y contribuye a crear un ambiente moralmente malo por medio de una práctica médicamente irreprochable. Diré, a modo de ejemplo, que hoy se recurre con exceso, por una costumbre que se está introduciendo al arrimo del bien físico y de las conveniencias del médico, al parto en los hospitales, en vez de hacerlo sobre el tálamo, como lo aconsejó siempre la significación estable del hogar, que debe ser la casa donde se nace y se muere.

En verdad el ser del hombre, lo que para entendernos he llamado su sustancia, su esencia o su naturaleza, no es el bien, o la bondad, o el valor máximo que puede alcanzar el ser humano. El hombre puede valer mucho, y entonces podemos decir, contra el apotegma de nuestro poeta, que de todas las cosas que en él valen, lo que menos vale es el ser hombre. Ser hombre es compartir el género humano con el ladrón, con el usurero, con el chabacano, con el demócrata. Ser bueno y valer mucho sin recitación es compartir el género con el santo o con el héroe, que nos interesan por ser santos y por ser héroes *además* de ser hombres.

Es cierto que cuando aparece Adán sobre la tierra se ha engendrado lo que tiene más entidad, supuesto que todo lo demás, esto es, todo lo que el hombre haga o reciba, le será cosa sobreañadida, adventicia y accidental. Los autores modernos se han dejado seducir por esta evidencia y han entendido que lo mejor del hombre era el ser hombre, con lo que han dado en la filosofía falsa del humanismo.

Esta filosofía sería inevitable si fuera cierto que lo sustancial *en el orden del ser* fuese también lo sustancial *en el orden del bien*, o lo accidental y secundario en el orden del bien fuera también accidental y secundario en el orden del ser.

Pero aquí viene lo sorprendente, y esto hay que decirlo con la voz queda y temblorosa del que va a formular un principio que

importuna con sus pretensiones toda la concepción moderna del hombre y de sus actividades morales y sociales; tanto, que casi reviste el viso de una sutil paradoja, siendo en verdad una proposición que viene a liberarnos de cuantas paradojas tiene el pensamiento moderno y de cuantos conflictos engendra este pensamiento en la vida práctica del hombre que se rige hoy por él. Esta proposición es la siguiente, y, aunque salvadora, no tiene, por fortuna, nada de estruendosa. Suena como un rumor de brisa entre los árboles.

*En la vida humana, lo que en el plano ontológico vale más, es lo que en el plano moral vale menos; y lo que en el plano moral vale menos, es lo que en plano ontológico vale más.*

Sea ejemplo la conducta de un hombre justo. ¿Qué vale más en él: su entidad de hombre o su justicia? La respuesta es obvia: en el plano ontológico vale más su persona; pero en el plano moral vale más su justicia. Y lo que vale más en el plano ontológico (la persona del hombre, que es lo más alto que puede encerrarse en una realidad visible) es lo que vale menos en el orden moral (porque la persona no implica de suyo la justicia). Viceversa: lo que vale más en el orden moral (la justicia) vale menos en el orden ontológico (porque es un suplemento granjeado por el hombre, dependiente de éste como algo secundario que supone lo principal).

Con esta afirmación quiero prevenir a los que trasladan al plano de la moral la consabida fórmula metafísica de que el ente y el bien se implican —*bonum et ens convertuntur*—, como si todo lo que es sustancial y primario en el terreno del ente lo tuviera que ser también en el terreno del bien, y como si todo lo que es secundario y accidental en uno de estos dos terrenos lo tuviera que ser también en el otro.

Se ha dicho alguna vez que la teoría de los valores, sobre la que había hablado tan profundamente la moderna filosofía alemana, tenía que ser enfocada de nuevo desde el plano ontológico, para tratarla como una elaboración minuciosa y acabada de lo que los escolásticos llaman el *bonum transcendentalè*. En cierto modo es verdad, porque toda cosa, en cuanto es, vale, y valé en la medida en que es: *ens et bonum convertuntur*. Y, sin duda, podemos decir que el hombre vale, física y ontológicamente, porque el hombre es. Con todo, yo sigo pensando que el valor físico

u ontológico del hombre no es un valor moral, como lo vengo mostrando en estas páginas.

Si ello es así, van fuera de camino quienes buscan en lo físico u ontológico el modelo de las valoraciones morales. El hombre justo ¿vale más como hombre o vale más como justo? Si nos colocamos en la perspectiva ontológica, vale más como hombre que como justo, pues su justicia es un accidente transitorio, una virtud inestable, que naufraga en cuanto se comete una injusticia, mientras el hombre sigue señero sobre el barco de su ser, invariablemente hombre, tanto cuando es justo como cuando no lo es.

Pero si pasamos a la perspectiva moral, se invierten los términos. El hombre justo vale más como justo que como hombre, pues la justicia es lo que le confiere una bondad absoluta o moral que no tiene por el mero hecho de ser hombre, y que pierde en cuanto comete un acto injusto. Y el hecho de que la injusticia sea compatible con el hombre, pone de manifiesto una verdad firmísima: que la persona humana no es en el orden moral un valor absoluto, al contrario de lo que sucede en el plano ontológico. Cosa que no parece haber sido tomada en consideración por los pensadores contemporáneos que colocan en la dignidad de la persona humana la base de sus programas jurídicos, sociales, políticos o pedagógicos.

En suma: es un error considerar la perfección ontológica (física o metafísica) como si fuese la perfección moral, y es necesario ir acostumbrándose a pensar que una y otra son realidades de signo diferente, porque lo que confiere el ser a secas no otorga la bondad sin más, y lo que otorga la bondad sin más confiere sólo un ser a medias, caedizo y precario.

Por no haber visto esta irreversibilidad de lo ontológico y lo moral han errado todos los filósofos humanistas, que es como decir todos los filósofos modernos. Para ellos lo congénito es lo perfecto.

Consecuencia: si lo que es más profundo, sustancial y primario no es a la par lo que constituye la máxima bondad del hombre, en adelante ningún filósofo debe proponer como regla de conducta la naturaleza humana, ni definir la ley como relación necesaria derivada de esta naturaleza, ni decir que el fin del hombre es el ser del hombre, sea este ser el que fuere, ya se enfoque desde una ontología clásica o desde una ontología existencial o ya

se sustituya por la historia. El ser del hombre no es un valor máximo, sino que, mirado desde el terreno moral, es un valor deficiente e incompleto, porque necesita ser completado por una actividad que no tenga como meta y norte este mismo ser humano.

No hagamos al hombre un modelo del hombre: el bien moral tiene que ser un bien a secas, y el hombre de suyo no lo es. ¿Cómo erigir en arquetipo de nuestra actuación moral algo que es adiaforo y que puede ser hoy bueno y mañana malo?

Tendríamos el recurso de fingir un hombre perfecto y espejo de todas las perfecciones, que es lo que hicieron los conocidos filósofos clásicos que hablaron del *hombre natural* erigido en modelo del *hombre civil*, o del hombre como *cosa en sí* que suministra la norma del hombre como *fenómeno*. Tampoco podríamos olvidarnos del *superhombre* en que soñó el pensador tudesco, o del *proletariado* modelo, que sirve de meta final al humanismo marxista. Los forjadores de estos mitos han querido prescindir de Dios para darle al hombre lo que éste necesita: un fundamento último que explique y justifique el orden normativo por el que debe regirse el individuo y la sociedad. Pero quienes no se resignen a basar toda la moral y todo el derecho en puros mitos, se verán precisados a trascender los límites de la humanidad para buscar un Ser Máximo que sea a la par un Bien Máximo, una Sustancia que sea indisolublemente Acción, cuya regla de obrar sea su misma Voluntad y que por eso encierre todas las características de un ser impecable. Si hallásemos este ser, habríamos topado también con la fuente última y original de toda justicia humana. Pero entonces habríamos abandonado el terreno del humanismo filosófico que hoy impregna las concepciones todas de la moral y la política, y habríamos entrado en el ámbito de la teología. El fracaso de las tendencias humanistas para explicarnos las fuentes del bien humano me hacen pensar que ese retorno a las preocupaciones teológicas va siendo ya una aspiración de la razón misma cuando se pone a escudriñar con seriedad el origen de las motivaciones morales, como si en el orden natural se diseñase ahora con nueva fuerza la verdad que por otra vía nos ha enseñado el Evangelio, al decirnos que nadie es bueno sino solo Dios (*Marcos*, X. 18; *Lucas*, XVIII. 19).

LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS  
Catedrático de la Universidad de Madrid

## RESUME

L'humanisme exalte la dignité de l'homme jusqu'à le détacher complètement de son origine divine. L'homme même suffit à l'homme, sa nature et son histoire lui suffisent et donc il considère superflu qu'un législateur suprême extérieur lui dicte des lois. Il ne doit obéir qu'aux lois qui proviennent de sa propre nature.

Mais si nous estimons le fait d'être un homme comme ce qui est le plus important dans l'homme, dans ce cas il est indifférent qu'il soit bon ou méchant, vertueux ou pécheur, étant donné que quelle que soit sa conduite il possédera toujours le bien congénital dû à sa condition d'homme. Cependant ce genre de bonté est une bonté physique ou ontologique et non une bonté morale. Mais ce qui est grave c'est que ce genre de bonté ontologique est celui qui nous sert dans tous les systèmes modernes comme si c'était une bonté morale. L'être de l'homme n'est pas la plus grande valeur que puisse atteindre l'être humain. Ce qui est substantiel par rapport à l'être n'est pas substantiel par rapport au bien. Nous pouvons plutôt formuler le principe selon lequel dans la vie humaine ce qui a le plus de valeur sur le plan ontologique, a le moins de valeur sur le plan moral; et ce qui a le moins de valeur sur le plan moral, a le plus de valeur sur le plan ontologique. La philosophie moderne allemande soutient que la théorie des valeurs doit être envisagée à nouveau du point de vue ontologique et si dans un certain sens ceci est vrai parce que toute chose dès qu'elle existe, a de la valeur et ceci dans la mesure de ce qu'elle est, de même il est vrai que la valeur physique ou ontologique de l'homme n'est pas sa valeur morale. La valeur morale comme telle n'appartient pas au bonum transcendentale, mais c'est une valeur d'ordre prédicamental, qui peut être incluse scolastiquement dans la catégorie des qualités. Celle-ci est l'erreur de tous les philosophes humanistes qui ont considéré ce qui est congénital comme parfait. L'être de l'homme est une valeur déficiente et incomplète qui a besoin d'être complétée par une activité qui n'ait pas ce même être humain comme but et direction. L'archétype de notre activité morale ne se trouve ni dans l'homme naturel des philosophes classiques, ni dans le surhomme des Alle-



*mands, ni dans le prolétariat de l'humanisme marxiste, mais dans un Etre Maximum qui est en même temps Bien Maximum, une Substance qui est en même temps Action et dont la règle d'action est sa propre Volonté.*

### S U M M A R Y

*Humanism exalts the dignity of man until he is separated from his divine origin. Man has sufficient with man alone, with his nature and his history, and therefore considers it superfluous that an outside supreme legislator should dictate him laws. He does not have to obey any other laws than those derived from his own nature.*

*But if we esteem the highest value of man as being the mere fact of being a man, in this case the fact that he is good or bad, virtuous or a sinner, is indifferent, as no matter what his conduct is like, he will never lose the congenital gift of being a man. However, this kind of gift is a physical or ontological gift but it is not a moral one. But the terrible thing is that this kind of ontological gift is functioning in all modern systems as if it were a moral gift. Being a man is not the maximum value that a human being can achieve. The substantial part in the aspect of being is not the substantial part in the aspects of moral well-being. We could even form a principle that in human life what is valued most in the ontological aspect, is valued least in the moral aspect; and what is valued least in the moral aspect is valued most in the ontological aspect. Modern German philosophy supports the idea that the theory of values should be refocussed from the ontological aspect, and if in a certain way this is true, because everything insofar as it is something has a value, a value in proportion to what it is, it is also true that the physical or ontological value of man is not his moral value. Moral value as such does not belong to the bonum transcendentale, but is an entity of predicamental order, which could be scholastically included in the category of quality. This is the mistake of all humanist philosophers who have considered the congenital gifts as perfection. To be a man is a deficient and incomplete value, which needs to be completed by an activity which does*

*not have as its only purpose and aim this same human being. The archetype of our moral behaviour cannot be found in the natural man of classic philosophers, nor in the superman of the Germans, nor in the proletariat of marxist humanism, but in a Maximun Being which is at the same time Maximum Good, a Substance which is at the same time Action and whose ruling law is its own Will.*